

**Mariano Ludueña**

**DE TODO LO QUE VI,  
RECUERDO LA MITAD...**



Ediciones Piloto de Tormenta  
[www.pilotodetormenta.com.ar](http://www.pilotodetormenta.com.ar)

Ludueña, Enzo Mariano Diego

De todo lo que vi...recuerdos de la mitad : cuentos del rock . - 1a ed. - Buenos Aires : Piloto de Tormenta, 2012.

160 p. ; 20x14 cm. - (Malditos del Rio de la Plata)

ISBN 978-987-23804-7-2

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I.

Título. CDD A863

---

Fecha de catalogación: 15/05/2012

Diseño y diagramación: Nicolás Gil

Ilustración de tapa: Pedro Dalton

Foto de solapa: Ariel Gutraich

Corrección: Lala Toutonian

### **Ediciones Piloto de Tormenta**

[www.pilotodetormenta.com.ar](http://www.pilotodetormenta.com.ar)

[info@pilotodetormenta.com.ar](mailto:info@pilotodetormenta.com.ar)

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

## ***sumario***

<b><i>pág.</i></b>	<b><i>capitulo</i></b>
5	<b>Prólogo</b>
7	<b>Pakto entre kaballeros</b>
19	<b>“...Esto es Corrientes, enfermo”</b>
27	<b>La raya más larga del mundo</b>
33	<b>El mosquito</b>
53	<b>Villa Tranquila</b>
55	<b>la banda más peligrosa de latinoamérica</b>
75	<b>Le eché el ojo</b>
77	<b>nena no</b>
79	<b>el cruce de recreo</b>
103	<b>idolos de mierda</b>
109	<b>el trineo de papá noel</b>
113	<b>isabel</b>
127	<b>la inmigración</b>
129	<b>manu</b>
139	<b>si yo soy asi, no es por culpa de la droga</b>
145	<b>vida de rutas</b>



# Prólogo

¿Qué mierda de género es un prólogo?

He escrito muchos prólogos y esta es la primera vez que empiezo con algo que está en el límite del “buen gusto”.

Borges, por ejemplo, decía que lo extraño de un prólogo es que está en el inicio de un libro que uno ya ha leído. ¿Estaría insinuando que debería estar en el final?

Quiero decir, tal vez, que después de haber leído este libro, no pude menos que empezar con una frase así. Esto insinúa que esta lectura te da un empuje de libertad.

En una edición anterior, había otro prólogo y Verónica Abdala, la escritora que lo firmaba decía, entre otras cosas:

*“Mariano Ludueña escribe sin anestesia, e invita al lector a una travesía sorprendente en la que la provocación y la brutalidad de un gesto pueden mutar imprevisiblemente en introspección, ternura, humor. Después vuelve a arremeter con furia, para sacudimos la conciencia con un puñado de historias que duelen como un golpe preciso.*

*Hace un culto del barrio, de la amistad, de los códigos, de las ceremonias compartidas que habilita la música y, básicamente de la libertad...”.*

Yo suscribo a estas palabras, sobre todo después de haber leído “La raya más larga del mundo” (algo que merecería estar en la guía Guinness de los records) y “El Mosquito”. En este cuento hay una frase reveladora: “Era un hijo de puta. Yo, igual, lo quise como a un amigo”. Esa frase introduce un clima de una moral de la verdad de la milanese:

los afectos no se rigen por la lógica tradicional.

Tampoco el inconciente y muchos menos las historias de rock. Este libro tiene su propia lógica y eso lo hace singular.

Lo mejor que puedo decir del libro de Ludueña es que lo leí de un tirón. Y los que más saben de esto, aseguran que si un libro te aburre, hay que abandonarlo sin culpa.

Yo podría contarles más cosas, claro, tal vez el autor esperaba eso de mí. Pero si estás leyendo esto es porque lo tenés en tus manos, así que mejor metete ya y al ver verás.

Además, no podría hacerlo bien, porque *de todo lo que leí, recuerdo la mitad...*

Tom Lupo

# **PAKTO ENTRE KABALLEROS**

Durante gran parte de mis mejores años viví en un departamento de mierda de 80 metros cuadrados y al que no le daba una sola gota del puto sol, en el barrio más jevi, desprestigiado y corrompido de la ciudad de Buenos Aires, Constitución.

Allí, si uno se sentaba en la vereda a fumar un porro o a beber una cerveza fresca, todavía podía percibir como el barrio se iba hundiendo y despedazando; de a poco, pero a paso firme e inexorable, como el destino de la gente sin estrella, ni sueños, ni futuro. O como la vida misma.

Al igual que esas fabulosas y viriles cabelleras que con el paso del tiempo comienzan a perder uno a uno sus encantos,

el barrio dejó de comportarse como tal con la llegada de la pasta base, y esto fue mucho antes que un periodista, le pusiera “paco”.

Para que sepan los señores con raya al medio, que se llenan la boca hablando sobre los perjuicios de la droga en la sociedad por la tele, en mi cuadra, en el año 94, la avanzada peruana ya vendía las piedritas fumables que horrorizan hasta a los propios merqueros, con el tabique nasal en ruinas y la cara cortada a cuchillo; y ninguno de esos señores gordos, que transpiran en cámara y se agitan al hablar, ni la policía, lo sabían...

Cuando la pasta base, mal llamada paco, invade una cuadra, un barrio o una ciudad; comienzan a cambiar las fisonomías: las personas, las caras de las personas, los pensamientos de las personas, las casas de las personas, los comercios atendidos por personas, los delitos y hasta las costumbres de las personas. Como casi todo lo relacionado con las drogas, lo que rodea al negocio cambia, se deforma o muere, cuando llega -y sin avisar- el embate eufórico de lo novedoso. La pasta base se arraigó a Constitución y desde allí tejió su telaraña tóxica dejando a su paso, una mueca desafinada y silenciosa, como una estela letal que mata pobres con la precisión de una pérdida de monóxido de carbono.

Mi primo segundo Vito -por ejemplo- nunca más tomó mate en la vereda de la calle Brasil justito antes de llegar a Tacuarí, y no por miedo a que lo pase por encima un bondi descontrolado, sino por temor a que le roben algo que, en realidad, él nunca llegó a tener. La peluquería de Ron Gud, en la esquina de Bernardo de Irigoyen y pegada al remendado hotel América, comenzó a cerrar una hora antes y enrejó toda su fachada amarilla y verde flúo, por poner otro ejemplo.

El miedo te cambia, de eso no hay duda, y en muchos casos es como el alcohol; saca lo más honesto de cada uno, aunque no por la desinhibición de la mente y la lengua, sino por medio de sentimientos a los que el ser humano todavía no logró acostumbrarse en absoluto: el miedo, o el exceso de miedos: el pánico.

Si sos cobarde, al sentir miedo, tu mente se anulará y el



tiempo y la situación comenzarán a jugar en tu contra para beneficio de la parte rival. En cambio, si sos un tipo que al asustarse piensa con frialdad e intenta dominar la situación, sin obsesionarse por el desparramo hormonal que provoca el miedo en su interior, seguramente saldrás con aire de ventaja en muchas carreras o discotecas. Al menos eso siempre creí yo.

Hace unos años, las actividades más importantes para los argentinos eran las de trabajar, descansar, esparcirse los fines de semana y mirar televisión el mayor tiempo posible. Pero el aparato que se metió en tu casa y educó a tus hijos, llevó el miedo al living mismo de la clase media y la temerosa familia argentina optó por no salir y quedarse en su cuarto frente a la tele: estupefacta, en pánico, medicada y ya sin apetito.

Es por esto que la cuadra, y luego el barrio, se volvieron desconfiados y racistas y se sintieron tan inseguros como vulnerables, aun antes de que los noticieros de la hora de la cena propagaran el miedo con sus noticias amarillas, sus camiones de exteriores satelitales y esos cronistas timoratos y ágiles para la tilinguería que no saben preguntar ni la hora.

Al vivir en el mismo edificio que los narcos peruanos que trajeron la novedad a la cuadra de Bernardo de Irigoyen entre Brasil y Garay, enseguida me hice fama como un intermediario rápido y efectivo para que muchos adictos, desprevenidos y novatos consigan su dosis vital y móvil; y en este curro vertiginoso, como en casi todas las actividades marginales regidas por la oferta y la demanda, la paga de los intermediarios son las comisiones: y yo cobraba doble cometa. Por el lado peruano, y por el lado del cliente, que si era educado, dejaba porcentaje en efectivo o en especie para agilizar o asegurarse de que el contenido de su papel no sea tocado. “El contactito punk”, me decían los clientes, en esa época en que apenas anocheaba, comenzaba a merodear la nueva generación zombie en busca del pipazo que calme la angustia y el dolor de no ser nadie.

También por esos días noctámbulos y rígidos, ya tenía mi banda de rock y hacíamos shows en el barrio bastante seguido, por lo que la gente de la zona ya me tenía visto y no se si conocido, pero al menos respetado. En Constitución todo el mundo escucha música a volumen alto, pero pocos escuchan

rock. La mayoría le hace a la cumbia romántica santafesina o a la, en ese momento incipiente, cumbia villera; al chamamé paraguayo cantado en guaraní, o a bandas tropicales desconocidas de Bolivia o del Perú. En medio de ese caprichoso mosaico musical, yo, mis borceguíes con punta de acero y mis pantalones achupinados negros ya gozábamos de una pequeña fama barrial, que nos facilitaba mucho las cosas en dos temas que para mí, en esa época, eran todo mi universo: drogas y chicas. Yo era rockero, y esas dos cosas, además su banda, a un rockero, nunca pueden faltarle. ¿O sí?

Una noche de verano, calor y cerveza, después de un show o de un ensayo, no recuerdo, tomé un taxi y bajé en la puerta de casa. No llegué a caminar los diez metros de vereda que separan el asfalto negro y pegajoso de la puerta del edificio cuando el frío del metal a la altura de un riñón me avisó que me estaban asaltando.

—No me mires, ni te des vuelta y dame la plata, puto -me dijo una voz chillona y joven, que me sonó familiar. Un culatazo en la columna que casi me pone de rodillas fue el aviso de que no estaba solo y que debía actuar con rapidez para que no me lastimaran.

Desobedeciendo la primera consigna, puse la mano en el bolsillo trasero de mi Levi's y miré al más alto a la cara. Entre avergonzado y confundido, tomó mis escasos bienes en metálico y antes de que su secuaz lo apurara, preguntó:

—¿Vos sos el cantante de la banda que tocó acá a la vuelta? —Sí -dijo sin más.

—Esaaa, amigazo, ¡su banda es una maza!

—Sí, alta actitud -dijo el otro dándose vuelta, haciendo foco con sus ojos ensombrecidos y realizando un esfuerzo evidente para observarme con más detenimiento.

—Los vimos la semana pasada, y la anterior también, ahí en la peña peruana, cruzando avenida San Juan -dijo uno, refiriéndose a una serie de cuatro shows que habíamos hecho el mes anterior.

—Qué showman sos, papá. ¿Querés un trago? -me preguntó el otro, y me ofreció una botella de whisky importado.

Luego de beber, y un poco más tranquilo, el rubiecito me

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

